

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO XXII DE EL CORREO DE LA MODA.



AÑO 1872.

ESTUDIOS MORALES (1.)

- El año nuevo*, por Angela Grassi, 1.
Cartas á Etelevina, por Gregorio Barragan, 18-49.
La caridad, por Adela Sanchez Cantos, 90.
Alteya, por la Condesa de Araceli, 89.
El ramo de violetas, por Blanca de Gasó y Ortiz, 113.
La salida del puerto, por Arturo Saborit y Thomas, 447.
Una noche en el campo, por Teodoro Bullenger, 178.
La abnegacion y el egoismo, por Adela Sanchez Cantos, 194.
Lo que somos, por Arturo Cotarelo, 196.
La mujer artista, por Joaquina Balmaseda, 210.
La hermana de la caridad, por Jaime Balmes, 219.
A mi hermana Rosario, por Maria de la Concepcion Gimeno, 290.
Lo que son las madres, por Angela Grassi, 306.
La fe, por Adela Sanchez de Cantos, 323.
El diablo hembra, por Abdon de Paz, 130.
El beso de una madre, por el Doctor Lopez de la Vega, 114.
Escenas populares, por Angela Grassi, 338.
El dia de difuntos, por Luis Coloma, 341.
La limosna, por Angela Grassi, 353.

BIOGRAFIAS.

- D. Pedro Calderon de la Barca*, por la Condesa de Araceli, 49.
Felipe II, por id., 73.
Fray Luis de Leon, por id., 94.
Phidias, por id., 130.
Manuel José Quintana, por id., 162.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch, por id., 210.
Cárlos Vanoó, por Gerardo Lopez, 241.
Madame de Maintenon, por la Condesa de Araceli, 273.
Meyerbeer, por id., 289.
Gaspar Bono Serrano, 353-369.

POESIAS.

- Adios á mi padre*, por Evaristo Silió, 2.
El firmamento, por Antonia Diaz de Lamarque, 18.
Recuerdos de Argenton, por Isabel de Villamartin, 19.
A un capullo, por A. Alcalde Valladares, 3-19.
Al disiparse la tristeza, por Antonia Diaz de Lamarque, 34.
El carnaval, por Manuel del Palacio, 35.
Cantares, por Isabel de Villamartin, 35.
Ecos de mi niñez, por Diego Crespo de Tejada, 35.
Laureles, palmas y flores, por Modesto Centenera, 50.
No te olvido, por Isabel de Villamartin, 50.
A la flor de un dia, por Emilia Calé y Torres de Quintero, 68.
Cantares, por Joaquin Tomeo y Benedicto, 68.
El nacimiento de Jesús, por Carlos Mestre y Marzal, 90.
Epigramas, por Luis Cortés, 90.
No griteis, por Jacinto Labaila, 115.
Ayer, hoy y mañana, por Francisco Domingo, 115.
¡Siempre! por Isabel de Villamartin, 131.
Mayo, por E. Gonzalez del Valle, 131.
A la Santísima Virgen, por Josefa Sevillano de Roby, 148.
Las flores, por Luciano Garcia del Real, 149.
El arroyo y la flor, por Mariano Capdepon, 165.
Los sabios, por Cabiedes, 165.
Colon, por Francisco Aponte Ayllon, 178.
Desencanto, por Isabel de Villamartin, 179.
La mujer que ama, por el Doctor Lopez de la Vega, 179.
Cantares á las flores, por Matilde Cherner, 194.
Cuentos, por A. Alcalde Valladares, 195.
En el mes de Mayo, por Eleuterio Llofrui y Sagre, 195.
Despues de la lluvia, por Antonia Diaz de Lamarque, 211.
Las cruces, por Antonio Trueba, 211.
Mentiras dulces, por Isabel de Villamartin, 211.
Epigramas, por Luis Cortés y Suñia, 211.
El crepúsculo de la tarde, por José Tello y Cubero, 226.
La ermita, por el Doctor Lopez de la Vega, 227.
La flor de un dia, por Emilia Calé y Torres Quintero, 243.
Soneto, por Jerónimo Couder, 243.
Sobre una tumba, por Favila Cuesta y Armiño, 243.
Las almas buenas, por el Doctor Lopez de la Vega, 259.
Luz y sombra, por Gerardo Couder, 259.
Ausencia, por Salvador Almela Roig, 259.
La salve, por Gabriel Maldonado y Gonzalez, 275.
Epístola, por Joaquina Balmaseda, 275.
La gratitud, por el Doctor Lopez de la Vega, 291.
Recuerdo, por E. Gonzalez del Valle, 307.
A Asturias, por Juan Cuesta y Armiño, 307.
Pensamiento, por Nicolás Diaz Perez, 307.
Una ilusion, por V. B. de C., 307.
El dia de difuntos, por Juan Güell y Renté, 322.
En el cementerio de Sonson, por G. Gutierrez Gonzalez, 323.
A la Excm. Señora Barredo de Muñoz, por el Doctor Lopez de la Vega, 340.
La vida, por Agustín Fernandez de la Serna, 340.

- A la Virgen de la Concepcion*, por el Doctor Lopez de la Vega, 355.
Noche-Buena, por Ventura Ruiz Aguilera, 370.

ESTUDIOS CIENTIFICOS.

ARTÍCULOS DE VIAJES, COSTUMBRES, HISTORIA NATURAL, ETC.

- El dia de Reyes en la Habana*, por Fernando Gallego, 2.
Monumento á la Concepcion, por N. F. C., 2.
El Monasterio de Veruela, 6.
Costumbres Madrileñas, por Joaquin Villanueva, 2.
Una escuela de aldea, por la Condesa de Araceli, 17.
Cádiz, por X., 21.
Valle de México, 22.
La fiesta de la Candelaria, por Robustiana Armiño, 33.
La vuelta del Campo, por X., 36.
Escenas de Carnaval, 36-37.
La catedral de Tarazona, por M., 53.
Costumbres españolas, 54.
Los nidos de las aves, 55-77.
El rastro de Madrid, por Ventura Ruiz Aguilera, 66.
El templo de Diana en Mérida, por la Condesa de Araceli, 70.
Jacob luchando con el angel, 69.
La capilla Sixtina, por José Pastor de la Roca, 75.
Monumento de Semana Santa en el Escorial, 76.
La muerte de Jesús, 77.
Las primicias, 80.
Tardes de primavera, por J. C. Polavieja, 19-76.
La Virgen de Murillo, 90.
El sepulcro de los Amantes de Teruel, 92.
Galicia pintoresca, por el Doctor Lopez de la Vega, 97.
Fiestas mayores de Cataluña, por J. P., 115.
El Escorial, 118.
Filipinas, por X., 118.
El Auseva, por Robustiana Armiño, 131.
Joyas artísticas, por Nicasio Alvarez, 134.
La Romería de San Isidro, por Ventura Ruiz Aguilera, 145.
La Habana, 151.
El monasterio de las Huelgas, 151.
Impresiones de viaje, por Augusto Jerez Perchet, 161.
La procesion del Corpus, 163.
San Antonio de la Florida, por X., 177.
San Juan de las Abadesas, por P. P., 179.
Vista de Venecia, por Nicasio Alvarez, 182.
El Gorilla, por Felipe Carrasco de Molina, 182.
La fuente de la India en la Habana, 196.
El palacio de Aranjuez, 200.
Vicjes, por el Doctor Lopez de la Vega, 197.
Portugal: Lisboa, por Federico Perez de Molina, 210.
Nemrod, por Abdon de Paz, 211.
Las mujeres del Serrallo, por Fermin Herran, 226-228-244-248.
La capilla de San Jorge en Barcelona, 229.
La catedral de Valencia, por Nicasio Alvarez, 245.
Apuntes de Viaje, por Nicasio Alvarez, 260.
Méjico, 260.
Puente colgante en Aranjuez, 264.
Plaza Mayor de Guanajuato, por X., 294.
Las ferias de Madrid, 293-296.
El cocodrilo, por Nicasio Alvarez, 310.
Roma, por Eduardo Lopez, 310.
Cláustros de San Pablo del Campo en Barcelona, 328.
El Mediterráneo, por Augusto Jerez Perchet, 322.
El gusano de las hojas, 326.
El progreso por la desgracia, por Abdon de Paz, 338.
La ciudad de Luxemburgo, 342.
Recuerdos de Bahía, por Nicasio Alvarez, 342.
Búrgos, 356.
La visitacion de la Virgen á Santa Isabel, 357.
Nazareth, 371.
Costumbres de Noche-Buena, 369.
Navidad, por Maria del Pilar Sinu's de Marco, 369.
Tipos madrileños, 8-24-40.
Antaño y ogaño, 56.
Vigilancia y tolerancia, 72.
La demandadera, 120.
Tipos Barceloneses, 168.
Tipos Murcianos, 197.
Tipos Mallorquines, 232.
Tipos Mejicanos, 308.
Tipos de Bahía, 344.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

- Rodolfo de Agsburgo*, por Nicasio Alvarez, 276.
El general Hoche, por Robustiana Armiño, 308.
Historia de Maria Stuart, por Salvador Maria Fábregues, 357-372.

VARIEDADES.

- ¿Qué es amor?* por Angela Grassi, 21.
Leyenda dinamarquesa, 24.
Ernestina, por Angela Grassi, 37.
La fiesta de la Candelaria, por Robustiana Armiño, 33.
El sentimiento de lo bello, por Teodoro Bullenger, 50.
Quien sólo flores posee, por Angela Grassi, 51.
La gota de agua, por Hermenegildo Noriega, 56.

- El Mercado*, 54.
La mancha del bisturí, por Abdon de Paz, 66.
Cuentos de salon, por Felicia, 68.
Bibliografía, por el Doctor Lopez de la Vega, 70.
Siempre ella, por Roberto Iranzo Palavicini, 74.
La desposada del muerto, por J. F. Sanmartin y Aguirre, 95.
Flores del Guadalquivir, por Al-Magheritiy, 134.
Los tres ramos verdes, por Grim, 118.
La Primavera, por el Doctor Lopez de la Vega, 150.
Por curioso, por Vicente Cuenca, 165.
La curiosidad, por Angela Grassi, 179.
Historia de un perro, por id., 198.
Los celos, por Sofia Tartilan, 195.
Las tres lágrimas, por Hermenegildo Noriega, 215.
Juanita, por Arturo Saborit y Thomas, 226.
La herradura, por Goethe, 230.
Amor y gloria, por Blanca Gassó y Ortiz, 242.
El español Marin, por Angela Grassi, 243.
Macías, por Teodoro Vesteiro Torres, 245.
El loco de Bagdad, 247.
Una historia de otros dias, por Vicente Cuenca, 261.
El puente de Lladoner, por Angela Grassi, 276.
El final de la Straniera, por Vicente Cuenca, 278.
El lujo, por Angela Grassi, 292.
La Trinidad, por Jesús Cencillo, 307.
Delirios, por Teodoro Bullenger, 310-323.
Tres hermosas y una fea, 319-331-359.
Leyenda, por Sanmartin y Aguirre, 324.
Caballerosidad y nobleza, por Inés Rubio Diaz, 355.
La luciérnaga, por J. Bat, 359.
Historia de un diamante, por Angela Grassi, 371.

NOVELAS.

- Inés*, por Leon de la Vega, 4.
La Abadía, por Micaela de Silva, 6-23-39-54-71-94.
Zinska, por Angela Grassi, 75-91-118-132-149-165.
Modestia y vanidad, por María del Pilar Sinués de Marco, 118-135-151-166.
Ida, por Josefa Estévez G. del Canto, 274-290.
El antifaz de terciopelo, por E. Feijó y de Mendoza, 213-227-246-262-278-294-310-326-342-358-373.

CORRESPONDENCIAS Y ECONOMIA DOMÉSTICA.

- Páginas, 8-24-40-56-72-80-96-136-152-168-184-200-216-232-248-260-280-296-312-328-343-344-360-376.

REVISTAS DE MADRID.

- Por Sofia Tartilan, págs. 17-183-230-295-375.

CHARADAS.

- Páginas, 24-56-80-120-136-152-168-184-200-216-232-248-260-280-296-312-328-344-360-376.

GEROGLIFICOS.

- Páginas, 8-40-72-96.

RVISTAS DE MODAS.

- Por D.^a Joaquina Balmaseda, págs. 9-25-41-57-81-97-105-121-137-185-199-201-217-233-249-265-281-297-329-345-353-377.

MODAS Y LABORES.

- Vestidos, capas, palelots, camisetas, corbatas, sombreros, peinados, aderezos, abanicos, calzado. Ropa blanca para señoras, caballeros y niños. Bordados de todas clases. Labores de perlas, mostacilla, coral, cuentas de oro y de acero. De punto de aguja, crochet, frivolité, malla, guipure, encaje irlandés. Mosáicos de perlas, tela y papel cañamazo. Pintura de silueta. Flecos de cordonera, crochet y malla. Flores de lana y de papel. Labores de capricho. Muebles de todas clases. Patrones para cortar vestidos y dibujos para bordar en blanco.
 Páginas De 10 á 16-de 24 á 32-de 42 á 48-de 58 á 64-de 82 á 88-de 98 á 104-de 106 á 112-de 122 á 128-de 138 á 144-de 154 á 160-de 170 á 176-de 186 á 192-de 202 á 208-de 218 á 224-de 234 á 240-de 250 á 256-de 266 á 272-de 282 á 288-de 298 á 304-de 313 á 320-de 330 á 336-de 346 á 352-de 354 á 360-de 377 á 384.

EXPLICACION DE LOS FIGURINES.

- Páginas, 23-39-48-55-64-71-79-88-96-104-112-119-128-135-144-151-160-167-176-183-192-199-208-215-224-231-240-247-256-263-272-279-288-295-304-311-327-336-343-352-359-360-375-384.

(1) A los artículos que van marcados con una * les acompaña grabado.



Núm. 1.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Enero 1872. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Madrid.	52	Provincias.	58
Seis meses.	62	Un año.	114
Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2 — Madrid

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes.	8 rs.	Tres meses.	21 rs.
Madrid.	20	Provincias.	26
Seis meses.	38	Un año.	81
Un año.	72		

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Guesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Guizarro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin,

P. del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2. — PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Comercio de LA MODA, calle del Carmen, 24, 1.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.

El año nuevo, por Ángela Grassi. — El día de Reyes en la Habana, por Fernando Callejo. — Adios á mi madre, por Evaristo Silió. — Monumento elevado en Roma á la Concepcion, por N. F. C. — Costumbres madrileñas, por José Joaquín Villanueva. — Inés, por Leon de la Vega. — La Abadía, por Micaela de Silva. — Santa María de Veruela. — Revista quincenal, por Sofia Tartillan. — Variedades. — Correspondencia. — Geroglífico. — Explicacion del figurin. GRABADOS. — Los Diablitos. — El monumento de la Concepcion en Roma. — El monasterio de Veruela. — El carraquero. — Geroglífico.

EL AÑO NUEVO.

He aquí que ha trascurrido otro año, tiernas hermanas mías, y nos hallamos de nuevo unidas por los lazos del espíritu; vosotras dispuestas á escuchar mis consejos, que sólo se recomiendan por la buena fé y el deseo de acertar, y yo consagrandome mi vida á agradaros y serc

útil. Muchos años há que os dirijo mi débil voz; muchos años há que procuro, por cuantos medios se hallan á mi alcance, guiaros por el camino estrecho, pero seguro, del bien y la virtud; ¡plegue á Dios que pueda hacerlo hasta el último instante de mi vida, y que, al bajar al sepulcro, quede grabado en vuestras almas el nombre de la que os



LOS DIABLITOS. Ayuntamiento de Madrid

ama con la ternura expansiva de una hermana, con el previsor cariño de una madre!

Empezamos juntas otro nuevo año, ¿quién sabe lo que durante sus largos días nos guarda de penas y goces el Destino?

Pero venga coronado de flores ó de espinas, no olvideis que en la adorable virtud se encierran los placeres más puros y suaves; no olvideis que la santa conformidad cristiana, es la única que puede brindaros inefables consuelos en los días de amargura.

Empecémoslo llena la mente de virtuosos y honrados propósitos, para terminarlo con el corazón exento de remordimientos. Las lágrimas se evaporan al calor de un nuevo sol, las risas se extinguen con las brisas de la tarde; pero el recuerdo de las buenas obras queda siempre incólume, como esas piedras preciosas, que si pierden con la moda el valor de su engaste, guardan siempre su valor intrínseco y positivo.

Sed buenas, sed caritativas, con el alma sin cesar dispuesta á la abnegación y al sacrificio.

Los días que se van, son como las perlas fugitivas del arroyo, de las cuales no podemos retener ni una sola gota entre las manos; pero si hemos abonado la tierra por donde cruza, si la hemos cultivado con el sudor de nuestras frentes, en vez de inútil hojarasca brotarán árboles frondosos, cargados de frutos, que nos den sombra en nuestros viejos días, y protejan el modesto túmulo en donde descansen nuestros restos.

Fé, esperanza y amor, hermanas mías, que la fé, la esperanza y el amor, son los tres ángeles que nos sostienen en las rudas batallas de la vida, y nos abren después las puertas del inefable Paraíso.

Madrid 1.º de Enero de 1872.

ANGELA GRASSI.

EL DIA DE REYES EN LA HABANA.

Sorprendente espectáculo es el que presentan las calles de la Habana en el día 6 de Enero. Desde muy temprano circulan por todas partes numerosas comparsas de gente de color, grotescamente ataviadas con trajes y disfraces caprichosos. Los rudos instrumentos africanos, vigorosamente tocados por músicos negros, acompañan á la algazara, á los gritos y á los cantos salvajes de mujeres, hombres y niños, formando un concierto diabólico, infernal, pero que no carece de cadenciosa armonía escuchado de lejos. ¿Qué significa esta barahunda? Se celebra el día de Reyes, y este es el de la gran Pascua, ó mejor dicho, el de la gran *Saturnal* de la raza *Etiopé*.

Todos los negros, sin excepcion de clases ni condiciones, desde el bozal al ladino, desde el esclavo al libre y acomodado, tienen derecho en dicho día á disfrutar de libertad completa, para entregarse á la más loca alegría, tomando parte en alguna comparsa. Desde las familias más elevadas, que tienen numerosos sirvientes esclavos, hasta las más modestas, que sólo disponen de una negra ó mulata alquilada para todas las faenas de la casa, renuncian en semejante día á ser servidas, por la necesidad imperiosa que establece la costumbre de dar suelta desde muy temprano á sus domésticos.

Hemos visto (y esto es comun) á señoras y á señoritas de casas muy principales, dedicadas desde una semana antes de la fiesta, á coser y trazar los trajes y adornos nuevos que sus esclavos han de llevar el día de Reyes, estableciéndose una especie de competencia entre las familias para presentar á los suyos con más lujo.

El extranjero que contempla por primera vez y sin tener noticia de la fiesta, las calles de la Habana en este día, se queda absorto, se cree trasladado á un carnaval de verdaderos diablos, por lo que, sin duda, los mismos naturales del país le llaman la *fiesta de los diablitos*.

Las comparsas diabólicas circulan y se suceden en bullicioso tropel sin interrupcion, los músicos se sitúan en las aceras, montados en tambores hechos con troncos de árbol huecos y sobre los cuales tocan con las manos ó con unos palitos la danza monótona y estrepitosa que llaman *tumba*, á cuyo son bailan frenéticas las parejas, con las gesticulaciones y movimientos peculiares á su raza, hasta quedar anegadas en sudor. Forman con frecuencia coro á esta danza, los aullidos y los cantos de los negros.

Las mulatas agrupadas á las comparsas bailan también, ó permanecen formando parte del público espectador, haciendo más variado el cuadro con sus vistosos trajes de telas finas y el color de café con leche de sus rostros.

Terminado el baile, los negros piden su aguinaldo á los concurrentes y á los vecinos asomados á las casas. Hay un momento en que el baile llega al delirio, á la embriaguez más frenética, y éste es el en que se enlazan dos ó

tres comparsas llegadas á un mismo paraje á la vez; entónces se mezclan y confunden sus parejas y sus músicos, se excitan unos con otros, y llegan al punto más culminante la barahunda, la gresca y la danza.

Imposible parece que gente sujeta todo el año al servicio forzado y penoso del esclavo, pueda sentir y entregarse tan de lleno un día á tanto regocijo. Pero reflexionando filosóficamente sobre la condicion de esta raza, se explica su embriaguez por las mismas razones que explican su abyeccion.

El grabado que hoy damos á luz representa con bastante propiedad un episodio de esta fiesta en las calles de la Habana. Los movimientos de los negros y el aire especial de las negras en sus danzas, se hallan tan bien expresados, que el que no haya visto este género de fiesta, puede formarse con dicho grabado una idea exacta de ella.

El CORREO publicará también otro, cuando remitan el dibujo que le han prometido, representando la procesion del rey Congo, en Santiago de Cuba; fiesta no ménos notable, característica y animada, que se celebra todos los años el mismo día de Reyes en la capital del departamento oriental de la Isla de Cuba. A este grabado acompañará un artículo descriptivo, escrito por el autor del dibujo, bajo la impresion reciente del espectáculo.

FERNANDO GALLEGU.



ADIOS Á MI MADRE.

Adónde vas, hijo mio?
—No sé, madre, adónde voy...
Sólo sé que un sér impío
Me aparta en su afán sombrío
Del dulce valle en que estoy.

Adónde voy?... quién lo sabe!
En las tinieblas del mal
Me empuja el destino grave...
¡Pregunta adónde va el ave
A impulsos del vendabal!

Adónde voy?... suerte humana!
Adonde va todo sér
En esta cárcel mundana;
Voy tras un triste mañana,
Dejando un oscuro ayer!

Voy dó la humana criatura
Va entre el mundano rumor
En esta mansion oscura;
Voy, presa de la amargura,
En busca de mi dolor!

Voy, en la eterna mudanza
Que sufre el humano afán,
Buscando un bien que no alcanza;
¡Adonde vá la esperanza,
Y adonde los sueños van!

¡Qué importa que en mi memoria
Floten mis triunfos de ayer,
Del alma dicha ilusoria!
¡No puede la humana gloria
Las glorias del alma hacer!

No pueden—¡vanas visiones!
Curar el mortal dolor
En los tristes corazones,
Ni las dulces ilusiones
De la gloria y el amor!

Adónde voy?... suerte humana!
Adónde vá todo sér
En esta cárcel mundana;
¡Voy, tras un triste mañana,
Dejando un oscuro ayer!

—Pero al fin, madre, no llores;
Inútil es lamentar
Estos mortales rigores....

¡Marchitas están las flores
Que vá tu llanto á regar!

Yo sé que en mi frente existe
Escrita mi pena de hoy,
Que en negro luto me viste...
¡Tú miras que vengo triste,
Tú ves que triste me voy!

Ah! no lo sépa! tu anhelo,
No llegues ádivinar
En tu pacífico duelo,
¡Que mi tristeza es el velo
Del más profundo pesar!

—Adios ¡ay!.. la suerte impía
Me lleva á su paso en pos
En esta region sombría:
Adios, adios, madre mia!
—Adios, hijo mio, adios!

E. SILIÓ.

Santa Cruz, 20 de Octubre de 1871.

MONUMENTO ELEVADO EN ROMA Á LA VIRGEN

EN MEMORIA DE LA DECLARACION DOGMÁTICA DE SU INMACULADA CONCEPCION.

Hace ya algunos años que la piedad de los fieles, impulsada por S. S. Pio IX, concurrió espontáneamente para levantar este monumento, que será un eterno testimonio de la fé de la generacion actual, tan falsamente calumniada.

Era justo que la ejecucion de tan grandioso proyecto se confiase á uno de los artistas más eminentes de la época, y era natural, que debiéndose erigir un monumento religioso tan solemne, se encomendasen su invencion y direccion á aquel que con tanto génio y tanto gusto supo dirigir las obras del templo dedicado al Apóstol de las gentes. Hablamos del ilustre arquitecto Luis Poletti, el cual, luego que recibió tan honroso encargo, é hizo sus diseños, dió principio á la obra, trasladando á la Plaza de España la antigua columna de mármol caristio que hacia cerca de un siglo yacia en la curia Inocenciana. En Mayo de 1855 con solemne pompa religiosa se puso la primera piedra fundamental del monumento, é inmediatamente el Sr. Poletti comenzó su obra cimentándola con grandes masas de travertino. En breve se vió elevarse de la superficie del suelo hasta la altura de cincuenta palmos, los tres grandes basamentos de forma octógona irregular, que debian ser el sosten de toda la obra. El primero, que puede llamarse zócalo, se abre en escalinata en los lados mayores. El segundo se alza sobre éste con cuatro prolongaciones en los lados menores, cada una de las cuales sirve de pedestal á la estatua de un profeta. El tercero, de más altura, descansa sobre el segundo, y tiene en sus lados mayores las inscripciones y emblemas del Sumo Pontífice. Encima de esta grandiosa construccion, se levanta la columna sobre una base ática de mármol blanco, coronada de un vistoso capitel compuesto, adornado con mucho gusto de azucenas y hojas de oliva, símbolos de pureza y de paz.

En las cuatro caras del abaco de este capitel, se ve la sigla coronada de María. Desde su plano se levanta otro pequeño pedestal cilíndrico destinado á sostener la estatua en bronce de la Virgen, puesta de pié sobre un globo sostenido por los cuatro animales pintados místicamente por Ezequiel y por San Juan, y destinados á representar los cuatro escritores del Evangelio.

Dirémos ahora algunas palabras acerca de las estatuas de los profetas y de los bajo-relieves que han de adornar el magestuoso basamento. Comenzando por las primeras, se ofrece ante todo á la vista la figura de Moisés en el acto de pronunciar ante el pueblo las místicas palabras inspiradas por el amor divino, como se leen en el tercer capítulo del Génesis: *et ipsa conteret caput tuum*. El escultor, Ignacio Jacometti, ha representado en ella más bien al historiador y al inspirado profeta, que al libertador y legislador de su pueblo. En su frente brillan los dos rayos de luz que hacian bajar los ojos reverentemente á las turbas de Israel. Con ambas manos desarrolla un papiro, que contiene las palabras de la revelacion, y bajo el brazo derecho tiene las Tablas divinas de la Ley. Está sentado, pero con la rodilla izquierda inclinada en actitud de levantarse; con lo cual el artista ha querido expresar más claramente el carácter de aquel maravilloso personaje, incansable en su actividad. Viste una larga túnica y sobre ella un manto que le cubre también en la parte posterior de la cabeza. La ejecucion de esta figura es

perfecta, así por la expresión de toda ella, como por el noble artificio de las ropas, la rigurosa verdad y la armonía de todas sus partes.

Sigüese después la estatua de David, debida á la inspiración del caballero Adán Todolini, profesor de escultura, conocido ya en Roma por muchas é importantes obras. Tiene el arpa en la mano, aquella arpa que calmaba los crueles afanes de un príncipe, y que posteriormente debía calmar los de su corazón; pero no está en actitud de cantar con flébil sonido las penas y las desgracias del género humano; canta al pueblo escogido de Israel, que resplandece como faro luminoso entre las tinieblas de la idolatría.

La otra estatua es la del profeta Isaías, obra del insigne artista Revelli; su espíritu vagando por las escelsas regiones del cielo, parece que ve florecer la vara de José, condensarse un leve vapor en nubecilla, regocijarse la tierra, cantar himnos de gracias el cielo y nacer el suspirado Emmanuel. En una mano tiene el estilo y en la otra la tabla sobre la cual escribe lo que el Señor le revela, y ha puesto ya las primeras palabras de su misteriosa visión: *Ece Virgo concipiet*. Su rostro está conmovido, sus cabellos erizados y en desorden, y sus ojos fijos como si materialmente viesen lo que sólo se le presentaba á su pensamiento en éxtasis.

Por último, la otra estatua representa al profeta Ezequiel, obra del escultor Chelli. El rostro de esta figura está lleno de majestad, y su larga barba le cubre parte del pecho: en el brazo izquierdo tiene desplegado un papiro en que se lee la profecía de la Encarnación divina, y con la mano derecha levantada en alto, señala á la *inclita* y *sola*. Un ancho manto le cae desde la parte posterior de la cabeza, formando largos pliegues y rodeando sus rodillas, pero de suerte que estando la figura sentada, deja al descubierto los pies y parte de la pierna derecha. En esta estatua son notables la castigada corrección de las formas y la pureza del diseño.

De los cuatro bajo-relieves que adornan este grandioso monumento, el primero representa la aparición del Nuncio de Dios en la humilde casa de la Virgen de Nazaret: es obra del Sr. Gianfredi, y notable por la actitud dada á la figura de la Virgen. El segundo tiene por objeto representar la misteriosa visión que tuvo en sueños San José. A la derecha del espectador está San José dormido, á la izquierda María y en medio el Ángel del Señor, que apareciéndose al durmiente llena su alma de celeste dulzura al proferir aquellas palabras: *Joseph fili David noli timere etc.* Este bajo-relieve, bastante correcto en el dibujo, es obra del Sr. Cantalamessa. El tercero, debido al Sr. Benzoní, artista de una imaginación fecunda, representa un asunto sublime y afectuoso. En lo alto está la figura del Eterno Padre, teniendo á su derecha á la Virgen y á la izquierda á Jesucristo en actitud de poner con ambas manos la corona sobre la cabeza de su Divina Madre, declarándola Reina del Cielo y de la Tierra. Alrededor los Angeles anuncian el júbilo del Paraíso.

El Sr. Galli, ya conocido y famoso en este género de obras, es autor del cuarto bajo-relieve, el cual representa lo interior del primer templo del Mundo Católico, y en él á Pío IX en actitud de definir la Inmaculada Concepción de la Virgen. El Pontífice está en pie, levantando los brazos y las miradas al Cielo, y rodeado de los primeros dignatarios de la Iglesia, cuyos rostros expresan la reverencia y la emoción.

Creemos que agradecerá á nuestros lectores la descripción que acabamos de hacer de este grandioso monumento, destinado á recordar la definición de un dogma sostenido ya y acatado en España mucho tiempo antes que se definiese.

N. F. C.

COSTUMBRES MADRILEÑAS.

LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS.

I.

¡Que es ver al florido nieto
Del héroe de Covadonga
Con un cencerro en la mano,
Con un hachón en la otra,
Guiar á la turba multa
De carboneros y mozas,
Que por un chico de Arganda
Formales juran y otorgan
Que han visto á los Reyes Magos
En la puerta de Segovia!

No nos proponemos publicar en este artículo el *por qué* de la Adoración de los Santos Reyes.

Padres tiene la Iglesia y escritores España que pueden dejar asazmente satisfecho al lector más descontentadizo del mundo.

Tampoco nos meteremos en honduras acerca de si vienen voluntariamente ó de real orden.

Ni en si harán su viaje á caballo ó en berlina.

Ni en si han sido ó no saludados á su paso por las ciudades, villas y aldeas que han atravesado para llegar á la corte.

Ni en si tienen ó no tienen opinión política.

Ni en si vienen pobres ó ricos.

Sólo una circunstancia importantísima debemos consignar, y es, que ni Gaspar, ni Melchor, ni Baltasar, son marroquíes. Dígalo sinó el entusiasmo con que Madrid se dispone á recibirlos.

II.

Mil veces lo hemos dicho: Madrid puede ensancharse, alinear sus casas, pulverizar la casa de Tócame-Roque y el teatro de la Cruz.

Puede olvidarse de sus patios de vecindad, de sus tertulias de puerta de calle y de sus bailes de candel.

Puede renunciar á sus corridas de toros; á ir en calea á los Carabancheles y á no mirar entre sus más gallardos y briosos tipos á la provocativa manola; á aquella reina de los barrios bajos, tan majestuosa en el andar, tan insinuante en la mirada, como retrechera y picante en el decir.

Puede aplaudir en el teatro las obscenidades francesas que diariamente le regalan los traductores de afición, y puede, en cambio de esto, domirse ó silbar al famoso cantor de las costumbres madrileñas D. Ramon de la Cruz.

Pero lo que Madrid no puede hacer, es borrar del calendario de sus fiestas su entierro de la sardina; sus procesiones del *Dios chico* y del *Dios grande*; sus verbenas; su San Isidro, su San Eugenio, su Virgen de Vallecas; su Dos de Mayo; sus santos *panecilleros*; ni su día, ó mejor dicho, su víspera de Reyes.

Cada barrio, cada grémio, cada familia, cada individuo tiene en estos días una ocupación especial, precisa; una especie de vértigo de festividad que lo transforma, que lo santifica, por decirlo así.

No hay padre ni marido, por gruñones que sean, que se sientan inquietos ni celosos en estos días.

El empujon, el codeo y... son contingencias precisas, actos semi-oficiales de este género de fiestas.

Y es que en tales días los barrios de Curtidores, de San Anton y de Lavapiés, caen con todo su alboroto y su bulla tradicional sobre el Madrid moderno; es que la guitarra de Perico el Ciego, eco de los trovadores del Campillo de Manuela, hace despertar los dormidos manes de los Curros y de las señoras Pepas; es que nuestra policía de hoy, se cansa de estar mano sobre mano haciendo el oficio de guardacantones, y pugna porque tornen los jaleos y las camorras de antaño; es, en fin, que Madrid, agobiado bajo el peso del ridículo tono de nuestros días, acude adonde quieran que le llamen, deseoso siempre de la tradicional franqueza de sus alegres costumbres.

Vedlo sinó.

III.

Es el día 5 de Enero.

El sol acaba de acostarse sobre la espalda fría del Guadarrama. El sereno, puesto de pie sobre su trono, derrama á manos llenas los infinitesimales rayos de luz que nos regala el Ayuntamiento.

Son las siete de la noche.

Las modistas dejan sus obradores para tomar el brazo del que las espera en la calle.

Los cafés abren las puertas á sus impacientes parroquianos.

Las tahonas, notadlo bien, las tahonas y las carbonerías, quedan en el silencio más profundo.

Los mozos de cuerda han abandonado sus esquinas predilectas.

Las cocineras, las amas de leche y las niñeras empiezan á entreabrir las maderas de los balcones.

Varios grupos de hombres tiznados de carbon, empolvados de harina y cruzado el pecho de cuerdas, empiezan á diseminarse misteriosamente por todos los ángulos de la corte, desde la calle del Aguila á la de la Paloma, desde la de San Juan á la Cuesta de la Vega. No hay fuente ni puesto de vino donde no se paren á remojar la palabra; esto indica que arden en deseos de ser oídos.

De pronto cien hachones encendidos dan color, vida y fisonomía á tan importantes grupos.

Son dos mil hijos de Pravia y de Piloña que, armados de cencerros, de cuernos, de escaleras, salen á esperar á los Reyes Magos.

¡Ah! ¡Quién pudiera describir el entusiasmo con que se

Ayuntamiento de Madrid

lanzan á la carrera en busca de las calles y plazas más concurridas! Desde este momento, Madrid no se pertenece á sí propio. El zumbido del cencerro lo saca de sus casillas, y aturrido, confundido entre los principales actores de este escándalo de fiesta, va, viene, chilla, salta, gruñe y alborota, ni más ni menos que pudiera hacerlo el Madrid de hace cien años.

—Por dónde vienen?—Pregunta la desaforada turba á un maruso, que encaramado en el último peldaño de la escalera, mira hácia el Poniente por un enorme cuerno que le sirve de antejo.

—Por la Puerta de Atocha,—responde el del catalejo.

—Cuántos vienen?

—Más de cinco.

—Esn es ciertu?

—Esperad, que tengü para mí que dos de los Magus son hembras.

—Pus á ellas! á ellas!...

Los gritos más desaforados, los brinco y las coces más violentas, y los cencerros más estupendos, suceden á tan inesperada declaración.

Y se repiten las carreras, y los tropezones, y los aullidos. Y cada calle, cada plazuela, es sorprendida, asaltada, invadida por un nuevo escuadrón de tahoneros, mozos de esquina y carboneros, que se disputan la gloria de ser los primeros en anunciar la puerta por donde han de hacer su entrada los régios huéspedes.

Tres horas después, la escena cambia por completo.

El fornido astur que ha podido volver á su casa, se acurruca en su camastro desesperado de no haber podido hacer sonar su caracola delante de sus magestades magas.

Entre tanto el resto de la alegre comitiva suele pasar la noche en brazos de su madre adoptiva, la tierra, hasta que la escoba de los barrenderos viene á sacarlos de tan dulce éxtasis.

IV.

No es, á pesar de lo que llevamos dicho, la venida de los Reyes Magos la fiesta popular que más encarnada está en las costumbres de Madrid.

Los Madrileños, por más que gocen y se animen en ella, no suelen cargar nunca con la escalera ni con el hachón; beben y gritan como los que más, pero son muy pocos ó ninguno los que creen en la venida de los Reyes Magos.

Sin embargo, es tradicional en Madrid, que en la calle de Regueros vivía un señor Juan, hombre nacido y criado en la villa del oso y del madroño, de quien nunca tuvieron que decir sus amigos y comadres:—por ahí te pudras;—ni de quien se contó jamás que faltase á las Cuarenta Horas ni á una corrida de toros.

Era el señor Juan rechoncho de cuerpo y grave en el decir, zapatero de portal acreditado y hombre que jamás probaba el vino como no se lo diesen en redoma de pito.

Inclinado como nadie á cumplir fiel y exactamente con los deberes que le imponía su profesión, jamás tomó medida de un par de botas á una mujer, sin hincar antes la rodilla en tierra y sin montarse los anteojos, á fin de poder apreciar en toda su extensión la pierna del pie que iba á calzar.

Pues bien, este predilecto adorador de San Crispín, tuvo por espacio de más de cuarenta años la honrosa distinción de llevar la escalera siempre que se trataba de salir á esperar á los Reyes.

Creyente resignado, cargaba con su cruz desde un extremo á otro de la villa, y es histórico que nunca se le antojó poner en tela de juicio la llegada de tales señores.

Trotaba, corría detrás de sus compañeros, y según que menudeaban los brándis, así se veía al señor Juan más remozado y animoso.

Al día siguiente el rechoncho zapatero aparecía solo, desencajado, triste, debajo de la escalera.

El sereno que por compasión había velado su sueño durante las últimas horas de la noche, le decía:

—Señor Juan, han pasado por encima de V. y no los ha sentido.

—Anda, que lo mismo me sucedió el año pasado,—replicaba el señor Juan;—y, cargando con la escalera, tomaba el camino de su portal, donde pasaba todo el año remendando botas y haciendo votos porque sus vecinos no le usurpasen su puesto en la venida de los Reyes Magos.

JOSÉ JOAQUÍN VILLANUEVA.



INÉS.

EPISODIO DEDICADO A LA SRA. D.^a JUANA GARAICOECHEA DE MARURI Y SRTA. D.^a TOMASA BARBIN DE MARURI.

Al día siguiente recibí una carta apenas legible, que decía así:

—Jaime: Si tardas un día no la verás ya más. La madre también acaba de morir; se han llevado tres horas. Hasta el fin no he sabido que tú has escrito: entre los dos me habeis matado a mi hija.—Anselmo.

A la mañana siguiente desembarqué en el puerto de Barcelona.

Cuando llegué a casa de mi tío llamé temblando a la puerta y nadie respondió: la casa estaba cerrada toda, y el eco repetía los golpes del llamador con un sonido lúgubre de edificio deshabitado.

Volví a llamar, y aún pasaron algunos minutos hasta hacerse oír un paso tardo y desigual como el de los ancianos y los ebrios: al parecer la persona que andaba bajaba la escalera.

La puerta se abrió y mi tío apareció en el dintel. Yo retrocedí dos pasos al verle: había pasado un año y aquel hombre había envejecido diez. No hizo al verme ningún ademán, ni dió señal alguna de satisfacción ó pesar: formó con la mano una especie de pantalla sobre sus ojos, y después de fijar en mí una mirada vaga, sonrió con amargura, y dijo:

—Me alegro: has recibido mi carta. No la enterrarán sin que la veas. Sube.

—Pero esto no puede ser, tío!—Exclamé yo abrazándole angustiado.—Dígame V. todo lo que ha pasado aquí...

Entonces él, sin preparación, sin misericordia, me enteró de la horrible verdad, allí mismo, en voz baja y trémula.

Lo que había sucedido era una cosa espantosa de oír.

Inés había esperado noticias mías con la ansiedad reconcentrada y silenciosa propia de su carácter, sufriendo lentamente sin declarada enfermedad; pero a los cuatro meses de mi ausencia la había obligado a guardar cama una languidez extraordinaria: coincidió con su empeoramiento la llegada a Barcelona del primo que su madre la destinaba para esposo. Entonces empezó a padecer la madre también; ¿qué tenía? No se explicaba; pero se advertía en ella una preocupación, un malestar, una inquietud, que aumentaban al menor síntoma de empeoramiento de su hija. El médico no comprendía el mal de Inés; y la madre, en su absoluta ignorancia de las relaciones entre lo físico y lo moral, se lisonjaba de que el olvido borraría la pasión del corazón de su hija, en tanto que desaparecía la que ella juzgaba accidental enfermedad. Pero un día el médico se declaró alarmado, y pidió una junta: la madre debió comprender, en fin, por lo que en ella oyó, que peligraba la vida de la pobre niña, tal vez debido a una causa moral; como herida por una luz súbita, corrió a un mueble, sacó un paquete de cartas cerradas, y voló al lecho de su hija... Era tarde: Inés había cesado de existir.

Entonces la desgraciada mujer, presa de un horrible accidente, había espirado tres horas después en medio de un delirio espantoso. Entre sus manos crispadas había encontrado mi tío las cartas que yo les había escrito.

Terminado este relato, sin un lamento, sin derramar una lágrima, empezó mi tío a subir la escalera con el paso de automática con que la había bajado.

Cuando él cesó de hablar, completamente seguro de



MONUMENTO DE LA CONCEPCION EN ROMA.

que faltaba del mundo el amor de mi corazón, sintiendo que se me doblaban las rodillas, me apoyé en una pared y prorumpí en sollozos.

De repente, en un transporte furioso de dolor, seguí a mi tío y penetré violentamente en la estancia que había sido sala: allí estaban dos ataúdes abiertos; en el uno estaban los restos de mi tía, y en el otro Inés.

Yo no sé lo que sentí al verla; estos dolores no se pueden expresar. Sentí un sudor frío en las sienes; me zumbaban los oídos; y todo lo ví por un momento rojo como la llama de los cirios. Me aproximé vacilante al ataúd en que estaba mi prima, y, loco, sin conciencia de lo que hacía, levanté entre mis brazos el cuerpo de Inés, le saqué de la caja, y sentándole sobre mis rodillas le estreché delirante contra mi pecho.

Súbitamente lancé un grito de esos que sólo arrojan labios humanos en ocasiones supremas: había sentido latir el corazón de mi amada, a la vez que notaba la flexibilidad de su cuerpo aunque helado.

Mi tío acudió a mi grito: me interrogó; pero yo no podía hablar, y le indiqué con el gesto el corazón de Inés. El separó mi mano, apoyó la suya en el pecho de su hija, y trémulo, desfigurado por la esperanza, me arrancó Inés de los brazos y la llevó a la alcoba próxima. Ninguno de nosotros hablaba: así la pusimos en el lecho, la quitamos las flores de que estaba adornada, desatamos sus manos, aflojamos su traje blanco, y colocábamos ámbos alternativamente nuestras manos sobre su corazón, dándonos cuenta con la mirada de cada latido que sorprendíamos. En efecto, palpitaba débilmente, pero a cada minuto con más fuerza y más próximas las pulsaciones.

Ocupados en nuestra observación, no pensábamos en mirar el rostro de Inés, ni aun en ayudar a la naturaleza para hacerla volver más pronto en sí: iba ya repartiéndose un suave calor por su cuerpo, cuando nos volvió el habla a los dos un verdadero rugido de alegría que exhalaban a la vez nuestros labios; Inés había apoyado sus manos en nuestras cabezas reunidas, que escuchando espían los latidos de su corazón.

La miramos estáticos: sonreía dulcemente; tenía los labios color de rosa y en los ojos la misteriosa luz de la vida.

—Mi pobre tío, que era tan valeroso ante el dolor, rompió a llorar besando a su hija; y yo, ébrio de felicidad, besaba también sus manos, llamándola con esos mil nombres que inspira el amor al corazón. Ella nos acariciaba con los ojos, pero su primer palabra nos llamó del cielo de la ventura al mundo de la realidad.

—Y mi madre? preguntó. Yo me apresuré a contestar:

—No está en Barcelona. Creímos que estabas peor y se la han llevado a... Mataró. Pensemos en tí... Qué quieres? qué sientes?

Mi tío exclamó:

—Es preciso traer aquel hombre!—y añadió, interrumpiéndose a causa de su extraordinaria emoción.

—Tú no sabes aún... Mira... cuando la junta de médicos, uno de ellos... el ménos hablador... después de observar mucho a Inés, dijo a los otros: —"Sospecho una... (cómo es, señor? Ah! sí) una catalepsis. Esta organización... su carácter."—Nada! Por más que dijo cosas que debían ser muy buenas, los otros no estaban conformes.

Pero yo adiviné que aquel

hombre entendía mi niña,

y cuando salía le pregunté:

—¿Qué ha dicho V. que

tiene mi hija, señor doctor?

—Y él me contestó: —"Una

enfermedad más vulgar de

lo que se cree. Mire V.,

por si acaso, y a pesar de la

opinión de esos señores, si

muere aprovechése V. de

la ley, y no la deje V. en-

terrar hasta pasar por lo

ménos cuarenta y ocho ho-

ras... y vele V. a su lado."

—Dios bendiga aquel hom-

bre! Voy a buscarle, Jai-

me, voy corriendo... ¡No me

la beses más!... Vá a ser

cosa de casaros esta noche

misma, si has de ser tú su

enfermero. Cuidala; ¡Adios,

Inés, vida mía!... Otro be-

so... Hasta ahora.

Y salió loco de alegría.

Por una delicadeza de

esas que sólo sabe el amor

verdadero, desenlacé mi

brazo del cuerpo casi des-

nudo de Inés, apenas salió

su padre; pero nos mirábamos con avaricia... nos mirábamos como si no nos hubiéramos visto en seis años: ella rompió la primera el silencio diciéndome:

—Cuándo has venido, Jaime?

—Ahora mismo, amor mío.

—Por qué no nos has escrito, hijo? He padecido tanto... si vieras! pensando en que podías haber muerto... ó ha-



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim 11, 3.

berme olvidado... y luego como mi madre no te quiere mucho, todo se me reñía: pero ya estás aquí, ¡gracias á Dios!

—Te escribí muchas cartas, Inés de mi alma! sólo que... no andan bien los correos ahora por allá... Y lo que es olvidarte... pero tú creías eso?

casarémos antes que ella venga... Ya sabemos que no se opone...

Me detuve al advertir que Inés me miraba fijamente de un modo extraño: parecía que su pensamiento y su memoria perseguían una idea olvidada en embrión. Repentinamente exhaló un débil grito, y sus labios palide-

vaso, y mi tío me llamó para que las contara: ocupados ambos, volvíamos la espalda al lecho, situado enfrente de la puerta.

Oímos de repente un gemido, y el ruido que hace un cuerpo al caer en tierra: miramos al lecho... Inés le había abandonado sin ruido... Corrimos á la sala... allí es-



EL MONASTERIO DE VERUELA.

—Nó, mira; eso era lo que menos creía. Y di, ¿qué ha dicho mi madre al verte?

—No estaba ya.—Contesté con toda la serenidad que me fué posible.

Quedó un momento pensativa, y murmuró cruzando las manos:

—Pobre madre mía! Haga la Virgen que llegue á quererte mucho. Sabes? Un día que estuve muy mala me prometió que cuando tú volvieras nos casaríamos.

—Y nos casarémos: ¿Vistes lo que dijo tu padre? nos

cieron: estrechó mi mano contra su corazón, y cubriéndose el rostro, lloró silenciosamente. En vano la rogué que me dijera por qué lloraba: sin duda para calmar mi inquietud, contuvo el llanto; pero profundamente abstraída, contestó apenas á mis palabras, hasta la llegada del médico: éste la observó durante mucho tiempo; encargó que ante todo se la evitaran impresiones morales; y salió acompañado de mi tío, que volvió poco tiempo después trayendo las medicinas necesarias.

Debían echarse algunas gotas de un remedio en un

taba abrazada al cadáver de su madre. De esta vez muerta... bien muerta!

El médico se había olvidado de advertirnos que Inés, durante su desmayo, había podido oír; y á nosotros no nos había ocurrido hacer trasladar el cadáver de la madre á otra habitación. Mi prometida está en un campo-santo en Barcelona. Desde entonces lleva mi cuerpo á merced de las olas, muerto mi corazón y sola mi alma.

—El Sr. Jáime se detuvo; y después de un largo silencio, continuó:

Ahora ya comprende V. por qué todo me es indiferente. ¿De qué me serviría la opulencia? ¿Para qué quiero el dinero? Si con él se comprara siquiera el olvido...!

Llenó y encendió de nuevo su pipa; y prosiguió, dando á su palabra una entonación lenta y triste [al principio, animada después, entusiasmada por último:

—Y si ella hubiera vivido... Ah!... si ella hubiera vivido, sí! A estas horas sería yo capitán de un buen buque mercante.Oh! estoy seguro!—Se llamaría LEALTAD; y en un camarote espacioso, elegante, digno de una reina, llevaría yo al alma mía, paseándola por las cuatro partes del mundo, mientras ella quisiera, y no fuéramos todo lo ricos que se le antojara...

—Que se le ocurra ver de cerca y bajar á alguna de esas islas que tienen los mares como jardines la tierra? A ella!

Una lancha, buenos remeros, tiradores experimentados... y allá!—Porque yo no he conocido el temor nunca, pero creo que sería previsor por ella.—En tierra se apoyaría en mi brazo, y alegres, felices, libres... completamente libres... recorreríamos los bosques vírgenes; veríamos los árboles gigantescos y seculares; las flores enormes, de maravillosa y extraña belleza; las frutas deliciosas, los animales extraordinarios.... Y todo lo posible.... todo lo que tuviera la dicha de merecer un deseo, una sonrisa de la querida de mi vida, de la única dueña entonces de aquel Eden... lo hallaría en su camarote al volver á él risueña y fatigada!...

—Admiraríamos juntos las noches de luna; las puestas de sol; las auroras.—Yo no sé cómo no emigran los que se aman mucho y sienten algo más que tierra en el corazón! La mar y sus soledades pobladas; su firmamento; sus armonías terribles y sublimes; alternativamente amenazadoras, lánguidas, serenas... tienen algo del alma, que corresponde á la mitad divina del amor... que debe hallar un eco en el corazón...

—Que llegaba un día de tempestad... ¿Y qué?—Yo sé gobernar un buque, y mi oración llegaría hasta Dios. Cuando los que van á bordo tienen fé, no se pierde nunca el barco:—hasta creo que un día, ó mejor una noche, la ataría bien en un mástil, para que viera lo hermosísimos que son batiéndose la mar y el cielo! No hay nada igual, y no era cosa de que ella se quedara sin verlo... Yo estaría allí á su lado, y cuando tuviera demasiado miedo, escondería su cabecita mojada, y yo la explicaría lo que pasaba...

—Veríamos todas las capitales célebres; recorreríamos los lugares más pintorescos del mundo; y el día que ella hubiera dicho—¡Aquí!—¡Adios Jaime el marino!—Empezaría Jaime el ciudadano; teniendo por patria la tierra en que ella detuviera su planta, y por laurel de victoria el amor de su corazón!

He visto en mi vida muy tristes escenas: ninguna que dejara en mi espíritu la impresión de profunda tristeza que sentí oyendo el último relato de Jaime el marino, terminado por aquel sueño imposible, verdadera oración fúnebre en la felicidad. Tendí en silencio ambas manos á mi pobre amigo, y él, aceptándolas, se levantó pálido y conmovido; fijó en mis ojos enrojecidos su mirada empañada por lágrimas que no derramaba: estrechó mis manos entre las suyas, y se alejó precipitadamente sin pronunciar una palabra más.

Fué su último adiós.

FIN DE INÉS.

LEON DE LA VEGA (M. R.)

LA ABADIA.

NOVELA DE RODOLFO JOPFFER

libremente arreglada

POR MICAELA DE SILVA.

Hay en la vida momentos en los cuales, por una extraña y dichosa reunión de circunstancias, nos hallamos tan á gusto que todo nos predispone á gozar cómodamente de la existencia... si al contentamiento y la paz del espíritu se agrega una situación materialmente holgada y embellecida por halagüeñas sensaciones. Las horas se deslizan suavemente, y la vida se reviste de alegres colores.

Tal era la situación en que, á mi ver, se hallaban los tres dignos personajes que ante mí tenía: ningún signo exterior revelaba en ellos la existencia de un pesar, de una inquietud ó de un remordimiento; al contrario, en su grave y apacible aspecto adivinábase á primera vista la satisfacción, el legítimo y noble orgullo de una conciencia irreprochable. Todo parecía indicar la quietud de las pasiones, la pureza de los pensamientos, la sencillez y

moralidad de las costumbres... Por último, hasta después que cediendo á la mucha influencia del calor los tres acabaron por quedarse dormidos, parecían exhalar un grato perfume de inocencia.

¿Por qué los muchachos ceden tan fácilmente á las instigaciones maliciosas...? Yo tenía en la mano un pedrusco, y en la cabeza un mal pensamiento; arrojé con violencia el proyectil al lago en cuya margen descansaban mis tres compañeros, y á un tiempo levantaron estos la cabeza que habían escondido bajo el ala.

Perdonad, lectoras mías, se me olvidó advertiros en el párrafo anterior, que los durmientes eran tres gansos...

La hora de la siesta es en el campo la hora del silencio. Cuando el sol deja caer á plomo sus estivales rayos sobre las campiñas, el labrador suspende sus tareas, el ganado se recoge á la sombra, el viento calla, las aves no chistan, sólo algunos insectos zumban y revolotean en torno de las flores, ó suben á formar en los aires una orquesta misteriosa, cuya música, lejos de turbar el silencio, le realza, digámoslo así, haciéndole más solemne y perceptible.

En qué pensaba yo mientras los gansos dormían?

Diffícil me sería decirlo... Unas veces en cosas serias... otras en cosas alegres, y no pocas me hubiera sido imposible averiguar yo mismo en qué había pensado.

Apoyada la espalda en el tronco de un viejo sauce, pasaba la siesta mirando al cielo, y aplicábame á observar el caprichoso giro y las continuas metamorfosis de las nubes. Otras veces, mirando á la tierra, observaba la maravillosa variedad de sus productos y matices. Al pie del sauce añoso extendíase un tapiz de yerba salpicado de silvestres florecillas... en tan reducido espacio, parecíame descubrir todo un mundo en miniatura, con sus llanos y promontorios, sus valles, bosques y veredas frecuentadas por diligentes hormiguitas y microscópicos insectos aéreas alas; la viveza de sus movimientos, junto con su extremada pequeñez, y su maravilloso instinto, despertaban en mi mente reflexiones que, sin saber cómo, me iban elevando desde la tierra al cielo. A vista de sus más pequeñas obras, adivinaba la grandeza del Criador, sentía íntimamente su presencia si mi espíritu se alimentaba de sublimes pensamientos.

A ratos, con la mirada fija en las azules crestas de los montes, imaginábame lo que habría tras ellos. Ciudades populosas y arenales desiertos; playas bonancibles y mares borrascosos. A lo mejor, sucedíame que un pensamiento se cruzaba con otro muy distinto. Y yo, dejándome llevar por el último, retrocedía en mi carrera imaginaria, desde los más remotos confines del Océano, hasta el hueco del tronco vecino.

A menudo consultaba el reloj colocado en la torre inmediata: cuando apuntaba las doce, á cada segundo me parecía ver alzarse bajo el azul del cielo al negruzco martillo, y caer doce veces hiriendo el bronce resonante. ¡Oh! cuánto me agradaba el sonoro retintín de la postrer campanada, cuyas menguantes notas recogía embelesado, hasta que se apagaban y extinguían sobre las ondas y en los ámbitos.

Con frecuencia pensaba en la Abadía y en sus pacíficos moradores. En mi bienhechor. En Luisa... y entonces mi pensamiento viajaba, viajaba en compañía de su imagen hechicera, por un mundo que sólo conocíamos ella y yo. Mundo poblado de recuerdos... Veníanme á la memoria los juegos de la infancia, las travesuras de la niñez, sus fáciles tareas... Luisa contaba un año menos que yo. Juntos habíamos cuidado el huertecillo, la pajarera, el palomar y el gallinero... juntos íbamos á dar agua ó pasto á las caballerías, y empujados sobre sus lomos habíamos recogido el fruto de los avellanos, castaños y nogales que bordeaban el arroyo.

No había en los alrededores guindo, peral ó manzano que no se distinguiera para nosotros de cuantos árboles de su especie se hallaban esparcidos por la redondez de la tierra, y esto porque todos ellos nos recordaban ciertas aventuras que, como las hojas, las flores y los frutos, se renovaban de año en año. La humanidad es frágil. ¿Quién no tiene algún defecto?... Luisa era golosa, y yo, por complacerla, merodeaba la fruta del cercado ageno, exponiéndome á lances muy serios con los propietarios, los vigilantes y perros del contorno; en particular el guarda campestre me tenía sobre ojo. En cuanto me veía pasar cerca de un árbol, alzaba un dedo en señal de amenaza. Era yo entonces un rapaz tan ligero de cabeza como de pies; estos corrían que volaban, y aquella discurría poco, reflexionaba ménos y sólo soñaba con el guarda rural y sus alanos.

En la tarde á que me refiero, no era el guarda susodicho el objeto de mi preocupación; el buen hombre había pasado á mejor vida, y yo á mejores costumbres. Su digno sucesor, hombre calmoso y aficionado á la pesca, hallá-

bame más á menudo meditando á orillas del agua, que atento á escamotear los frutos de la tierra, y á mi ver, dedujo que mi predilección por las ondas, nacía de aficiones que no era de su cargo reprimir, y con las cuales simpatizaba.

La verdad era que, á pesar de su escaso atractivo, me agradaban las orillas del lago, porque allí estaba seguro de hallarme solo... Por un cambio efectuado en mis gustos prefería la contemplación al bullicio, la vaguedad de los pensamientos al ejercicio de las faenas; lo más extraño, á mi ver, era que prefería el recuerdo de Luisa á su conversacion.

Los dos, sin saber cómo, habíamos perdido la confianza. Luisa negábase á jugar conmigo. Yo notaba en sus ojos una languidez extraña, un no sé qué de melancólico en su sonrisa; sus modales eran otros, se había hecho reservada, tímida, grave, modesta, qué se yo! ello es que me infundía respeto, que me daba cortadía su presencia, y como no me atrevía de modo alguno á explicarle mis ideas, gustaba de repetírmelas á mí mismo, y para eso deseaba estar solo.

Solo he dicho, y no es cierto, no estaba solo, de vez en cuando recibía unas cuantas visitas de confianza; por ejemplo, en la hora de la siesta un gorrión vino aturdidamente á posarse sobre la copa del sauce, conocíale yo mucho, era uno de mis antiguos clientes... Sépase que yo soy abogado defensor de los gorriones... Esto, viviendo entre labradores, no deja de ser heroico, supuesto que los tales conspiran contra ellos; y todo porque se comen algunos granos á cuenta de la paga que merecen por sus muchos y buenos servicios. Porque, señoras, justo es consignarlo en honra de los bichos, una pareja de gorriones, para que VV. lo sepan, destruye anualmente millares de roedoras sabandijas, prestando así un gran servicio á la noble agricultura, y por consiguiente á la menesterosa y poco agradecida humanidad.

Ello sí, las avejillas y yo tomábamos la revancha, conspirando á nuestra vez, contra la tacañería y el egoísmo de los hombres. Estos habían plantado, en medio de las tierras sembradas, un estacon vestido de farfalaes de cien colores, que tenía por remate un apabullado y roto sombrero, y este hacía las veces de cabeza... los gorriones harto conocían que las mieses iban estando en sazón, pero ni por todas las espigas del mundo se hubieran atrevido á picotear una en presencia de aquel grave magistrado. Lo que hacían era rondarlas y subirse á los árboles para verlas amarillear.

En tales casos, yo, como hacen otros muchos, ejercitaba la caridad á costa del prójimo, íbame á coger un manojito de granadas espigas, y volvía esparciendo sobre la tierra los granos de cebada ó de trigo. Era de ver el gozo con que mis convidados se regalaban á costa de sus mayores enemigos, y casi ante las barbas del mudo y estafalarío centinela. Lo singular era que yo mismo sentía una especie de orgullo al pasar con el hurto en la mano por delante del erguido fantasma, y como si hubiera puesto una pica en Flándes, erguía la cabeza dirigiéndole una mirada de burla y desafío.

Mi rezagado visitante llegó á tiempo de recoger las migas del festín; una espiga se me había caído junto al agua, no tardó el pajarillo en atislarla, y de un vuelo se plantó junto á ella; los gansos, que por lo visto se creían allí señores territoriales, llevaron muy á mal que otro alado personaje invadiera sus dominios. Los tres con igual furia lanzaron un graznido en son de guerra. Vano alarde! Para cuando quisieron alargar el pico, ya estaba el ligero invasor repartiendo la presa con sus hijos.

(Se continuará.)

SANTA MARIA DE VERUELA.

En este número ofrecemos á los lectores del CORREO la vista del célebre monasterio de Veruela, tomada del natural por D. Valeriano Becquer. Así la fundación de este monasterio, que va unida á una de esas poéticas leyendas tradicionales de los siglos remotos, como los rasgos de su historia y la descripción de los tesoros arquitectónicos que contiene, ofrecen ancho campo á la fantasía del poeta y al estudio del arqueólogo y del historiador. Erigido al pie del Moncayo, y en el valle que le ha dado nombre, al comenzar el siglo duodécimo, guardan sus muros inestimables vestigios de los diferentes géneros de arquitectura que han venido sucediéndose unos á otros hasta nuestros días, desde aquella lejana época. La importancia histórica del monasterio, realzada por la imponente grandeza de su fábrica y el mérito y la variedad de sus detalles, le ha grangeado entre los inteligentes el sobrenombre de *El Escorial de Aragón*; sobrenombre que justifica en todos

conceptos la magnífica obra debida á la munificencia y la piedad de D. Pedro Atares.

El Gobierno de S. M., aunque corta, ha consignado hace poco una suma en el presupuesto del Ministerio de Fomento con destino á las reparaciones más indispensables de este edificio, cuya ruina se hace inminente.

Por nuestra parte, y creyendo que los suscritores del CORREO lo verán con gusto, contribuiremos á dar la merecida popularidad á este glorioso monumento del arte, publicando algunos dibujos tomados del natural, merced á los cuales podrá formarse una idea de lo mejor que contiene y escribiendo algunos párrafos acerca de su fundación y su historia.

Al llevar á cabo este pensamiento en uno de los próximos, tendremos igualmente ocasion de hablar de las fiestas religiosas que aún se celebran en los lugares próximos al monasterio por los devotos de la antiquísima imagen que en él se venera, dando á conocer de paso varios tipos del país.

REVISTA QUINCENAL.

Con una temperatura más propia de Rusia que del Mediodía de Europa, en donde nos ha cabido en suerte ver la primera luz y arrastrar nuestra inútil existencia, tomamos hoy la pluma para narrar, en la prosaica forma de una revista, los numerosos acontecimientos notables que han tenido lugar en esta corte durante la última quincena.

Nunca hemos abrigado la pretension de que nuestras descripciones tuviesen ningun mérito literario por su forma galana, ni por lo poético y escogido del lenguaje; pero á lo ménos, cuando la temperatura no era la de los hielos perpétuos, algo podíamos pedir y esperar de nuestra imaginación, ayudada por un ambiente delicioso, un sol espléndido y un cielo puro y diáfano.

Pero ¿qué podemos hacer hoy, bellísimas lectoras, sino referiros muy friamente (con un frío de seis y ocho grados bajo cero), cuanto acontece en la coronada villa? Todavía si la presente reseña la escribiéramos en medio de uno de esos brillantes conciertos que vamos á describir, ó en algun poético y escondido retrete, adonde apenas llegan de cuando en cuando las perdidas notas de un wals, quizá bajo la ardiente impresion que en nosotros produciria esa atmósfera cargada de perfumes, y radiante de luz y de armonías, nuestra pobre imaginación tomase algo de los rosados cambiantes de tan brillante iris. Pero ¡ay! nada de esto sucede. Hemos visto esos bailes, esos conciertos, esas espléndidas reuniones: hemos asistido á todos los estrenos teatrales, en los que no han faltado ni luces, ni flores, ni aplausos. Hemos vivido por algunas horas esa vida de placer y de poesía; mas entónces, perdonen nuestras hermosas abonadas, pensábamos en ellas; no las habíamos olvidado; pero pensábamos tambien en que la vida es harto breve para el placer, y demasiado larga para el trabajo, y así decíamos—mañana, mañana escribiremos: vamos ahora á gozar.

Ese mañana ha llegado y nos encontramos en frente de un deber que cumplir, y con la imaginación tan fría como la temperatura.

Y por cierto que es lástima y grande, que seamos nosotros quienes hayamos de escribir la presente revista, porque de otras manos podría salir una obra maestra, habiendo como hay materia sobrada para dejar correr á la par la fantasía y la pluma.

Bailes, conciertos, comidas, recepciones en Palacio; una función de beneficio en el teatro de la Opera, el estreno de la gran obra de Donizetti *Don Sebastiano*; estrenos en todos los teatros de primer orden; bailes de máscaras; explicaciones en el Ateneo; patines en la ría de los Campos Eliseos; veladas artísticas y literarias; reuniones en *petit comité*; visitas de la ex-emperatriz Eugenia á los reyes y de estos á la ilustre destronada; enlaces, anécdotas galantes, crónica escandalosa, y otras muchas cosas más con las cuales podríais entretener agradablemente algunas horas, todo esto sería materia suficiente; pero seguros como estamos de la indulgente amabilidad de nuestras lectoras, nos limitaremos á reseñar sencillamente, á manera de consejo referido al amor de la lumbre, todos los asuntos de que ha sido teatro, durante la última quincena, la muy noble villa y corte de las Españas.

En la noche del 20 del pasado, dieron principio las recepciones semanales en la Legación inglesa, centro de los más aristocráticos de la diplomacia extranjera en Madrid. La *soirée*, que participó de los dos caracteres, del baile y del concierto, fué un verdadero acontecimiento por su esplendidez y riqueza. En cuanto á lo numeroso de la concurrencia, nos contentaremos con de-

cir, que toda la aristocracia residente en la corte se encontraba reunida en los grandiosos salones del palacio de la Embajada. En estos salones se repiten las fiestas tres veces, por lo ménos, cada quince días, pues hay comida todos los lunes y baile ó concierto un jueves de cada dos.

Cuando los hombres, con el pleno derecho de su omnimoda voluntad, nos apellidan el sexo débil, se olvidan, sin duda, de la energía que desplegamos cuando se trata de poner á prueba esa debilidad, que tan gratuitamente nos achacan. En la noche inmediata tuvo lugar el estreno de la grandiosa partitura de Donizetti, *Don Sebastiano*. Ni una sola de las delicadas niñas, ni de las nerviosas mamás, que vimos en la Embajada, faltaban á la cita que la buena sociedad se habia dado para asistir á la primera representación de la gran ópera.

Esta primera representación fué, como son casi siempre todos los estrenos en los teatros de la corte, una exhibición de bellezas más ó ménos jóvenes, de trages suntuosos, de prendidos magníficos y de *toilettes* deslumbradoras. Pues, bien; desafiámos á los que nos aplican, con tan exquisita galantería, el epíteto de débiles, á que busquen en aquellos rostros radiantes de hermosura, en aquellos ojos brillantes, en aquellos labios frescos y húmedos como los pétalos de una amapola cubierta aún por el rocío matinal, ni en aquellos hombros desnudos, en los que la sangre y la vida mezclaba su tinte rosado con el más puro nacar, los desafiámos una y otra vez, á que busquen en todos estos detalles, de los que resultaban cien magníficos conjuntos, una sola señal de cansancio, ni la más leve huella de las fatigas producidas por una noche de baile de la que apenas nos separaban algunas horas.

Los bailes públicos de máscaras no constituyen en Madrid, como en todos los grandes centros, una diversion más que para los hombres que tienen la libertad de ir á todas partes, y para cierta clase de mujeres: pero dan á la temporada de invierno una animación que, irradiando hasta las casas particulares, aumenta el número de reuniones: pues las niñas que no pueden asistir á los salones de Capellanes, ó al Circo de Paul, no se las ha de privar por eso del placer de embromar á sus amigos tapando su lindo rostro con una elegante careta de raso ó terciopelo, y para que lo consigan es necesario que el baile de máscaras se improvise en los salones de la casa.

Por aquello de "no hay mal que por bien no venga", ya que estamos disfrutando una temperatura propia de la Siberia, ésta nos proporcionará el placer de un espectáculo ántes desconocido entre nosotros.

Después de una docena de heladas consecutivas, la ría de los Campos Eliseos ofrece ya bastante consistencia para que se puedan correr patines y cruzar sobre el hielo los ligeros trineos. De modo que inaugurada ya esta aristocrática diversion, nuestras bellas acuden diariamente á meter sus diminutos piés en los cortantes chapines y sus lindos rostros en las capuchas forradas de pieles, con lo cual tenemos á las madrileñas convertidas en damas moscovitas.

Los paseos del Prado y Fuente Castellana y los teatros son los centros en donde el lujo y la moda ostentan todas las variadas riquezas que ofrecen en la corte los trajes y los trenes de invierno. El terciopelo, el cachemir, las pieles de marta y lobo de la Siberia, las plumas de cisne, el armiño y toda clase de ricos tejidos y productos del arte, contribuyen allí á poner de manifiesto la fortuna y realzar la belleza. Las cómodas carretelas descubiertas forradas de rico damasco y con soberbias pieles del oso blanco de los polos ó de la pintada pantera del desierto, sirven de abrigado nido á mujeres que, envueltas en terciopelo y armiño, desafían los rigores de la estación saliendo de sus cómodos retretes para ostentar su riqueza á la par de su hermosura.

Pasemos ahora del Olimpo de la riqueza al Olimpo del arte, y de los goces materiales de los sentidos á los de la inteligencia y del espíritu.

Como ya, aunque incidentalmente nos hemos ocupado del teatro de la Opera hablando de la primera representación de la de Donizetti *Don Sebastiano*, sólo añadiremos con respecto á ella que no comienza á interesar al público hasta la mitad del acto tercero. Como *partitura* tiene todas las bellezas y adolece de todos los defectos que caracterizan las de este conocidísimo compositor, no siendo ni la mejor ni la peor de todas las que han salido de su fecunda pluma. Estando el libreto basado sobre un asunto tan dramático como la desaparición del infortunado rey de Portugal después de la derrota sufrida en Alcázar-Kebir, para que resultase armonía entre el fondo y la forma, primera exigencia de una obra compuesta de los dos conmovedores elementos, la música y la poesía, el compositor tenia que hacer grandes esfuerzos y elevar su genio á esferas superiores, arrancando á la instrumentación esos

gritos del alma con que se manifiesta el dolor en las grandes catástrofes de la existencia de los hombres y de los pueblos. Esto lo consiguió en parte el inspirado autor de *La Lucía*; pero para llegar á este resultado tuvo que luchar durante dos actos de su obra, que son la exposición del drama, y en los tres restantes su triunfo es completo y le recompensa de sus fatigas.

La ejecución fué como la de casi todas las óperas que se han cantado en la presente temporada.

La propiedad escénica nada dejó que desear por el lujo de los trages y la profusión del personal. El entierro del cadáver que el ejército cree ser el de su desgraciado soberano y que éste mismo está presenciando confundido entre la multitud, es de un efecto sorprendente, y lo componen más de 500 personas, sin que faltase ni el más ligero detalle á tan grandiosa y fúnebre ceremonia.

Después de esto, que pudiéramos llamar estreno, tuvo lugar en el mismo coliseo la función de beneficio de los desgraciados de *Chicago*, á la que asistió toda la grandeza, contribuyendo el rey con mil pesos, y vendiéndose las localidades en el palacio de la Condesa de Montijo, con muy buen resultado para las víctimas del horroroso incendio.

Siguiendo la costumbre de dar la preferencia al Teatro Español para comenzar la reseña, lo haremos así por más que tengamos muy poco que decir.

Al drama de Larra *El Caballero de Gracia*, de que ya dimos cuenta y que proporcionó muchas y buenas entradas á la empresa, y merecidos aplausos á su autor, siguió el estreno de una comedia de costumbres en tres actos y en verso, titulada *La Casta Susana*, debida á la pluma de D. Emilio Mozo de Rosales, la cual sólo se representó tres noches.

A este no muy feliz éxito siguió otro estreno, el de una comedia tambien de costumbres y en tres actos, original del Sr. Pina, que sólo se puso en escena dos veces, titulada *Como llovido del Cielo*. Después se volvió á representar *El Caballero de Gracia*, siempre con aplausos y buena concurrencia; por último, y mientras se preparan nuevas obras, se ha puesto en escena el drama *Los Amantes de Teruel*, en los que Elisa Boldun y Calvo el joven han estado sublimes.

Más afortunado ha sido en la última quincena el Circo, en el que se estrenó la noche del 2 una comedia de costumbres, en tres actos y en verso, debida á la pluma de D. José Marco, cuyo título es *La Féría de las Mujeres*. Esta bellísima producción del autor del *Sol de Invierno*, es digna por su naturalidad y sencillez de competir con las del inolvidable Moratin, que tan buenos modelos dejó que imitar en el difícil arte de la comedia clásica de costumbres.

El argumento, que pudiera tacharse de poco original, es el del cuento de niños *La Cenicienta*; ipero qué hay nuevo bajo el sol? La verdad será siempre que *La Féría de las Mujeres*, es una lindísima comedia de costumbres, que ofrece á los ojos del espectador una familia modelo; pero modelo fácil de imitar. Un cuadro lleno de moral, que resulta de la acción misma, y no de esa que muchos autores nos dan en largas tiradas de indigestos versos que hacen dormir y hasta desear que un chiste, sea cualquiera su color, venga á cortar la palabra al fastidioso predicador que convierte en púlpito el escenario de un teatro.

El público ha recibido con verdadero entusiasmo la última producción del Sr. Marco: pues padres y maridos deseaban de todas veras hallar un espectáculo adonde poder llevar á sus hijas y esposas, sin correr el riesgo de verlas ruborizarse al escuchar los chistes de mala ley en que por desgracia abundan la mayor parte de las producciones escénicas de algunos años á esta parte.

Como obra sin pretensiones de formar escuela, no lleva en ella su autor el realismo hasta más allá de las conveniencias escénicas; pero sus personajes comen, beben y hablan como todo el mundo: son tipos tomados del natural, y el autor no ha hecho otra cosa que presentarlos con sencillez, haciendo resaltar los defectos de unos con las bellezas de los otros, para que el espectador comprenda cuáles son los que debe imitar. Hay entre los personajes una niña casadera, *Concha*, de la que estamos seguros que todos los hombres quisieran ser padres; todos los jóvenes, esposos ó hermanos, y todas las niñas desearían parecerse á ella; tanta es la gracia y naturalidad con que está delineada: y sin embargo no es una heroína de novela, y todas las jóvenes juiciosas, modestas, sencillas, dulces, cariñosas y honradas, pueden parecerse á *Concha*, como se parecen dos gotas de agua pura.

El éxito ha correspondido en un todo á la bondad de la obra, pues hace ya veinte noches que se está poniendo en escena, siempre con un lleno completo. La ejecución muy buena por todos los autores.

En la misma noche que la producción de que acabamos de hablar, se estrenó en el elegante coliseo de Jovellanos una zarzuelita en un acto, titulada *Perla*, libro original del joven escritor Sr. Herranz y Gonzalo, y música de D. Miguel Marqués.

Los dos autores han estado acertadísimos en la composición, el uno de la fábula y el otro de la música, sacando en conjunto de la concha de sus brillantes imaginaciones una verdadera perla.

En el aristocrático y elegante salón de la Alhambra siguen alcanzando cada día más ruidosos triunfos la bella Pascuali y el inteligente Mayeronni; nuevos dramas, además de los que ya hemos citado en las pasadas revistas, han sido por ellos interpretados, llevando cada día al espíritu del espectador nuevas y desconocidas emociones.

En la noche del 8 pusieron en escena el drama aquí desconocido *Stifellius*, y fué tal el entusiasmo que produjo la eminente cuanto simpática artista, que cinco veces seguidas se interrumpió la representación en una sola escena del acto segundo, en la que una esposa culpable lucha con las torturas de su acusadora conciencia. En esta escena la ficción y la realidad se confunden por la inspirada artista, de tal manera, que el espectador duda hasta de sí mismo y cree estar asistiendo á una escena de su propia existencia.

De propósito hemos dejado para la última la noticia de que ya no tenemos en Madrid teatro bufo. La compañía, con su director á la cabeza, ha abandonado el campo, yendo á dar algunos malos ratos á la culta sociedad Gaditana.

El movimiento literario es muy poco sensible, á lo menos por el momento, y sólo dos libros nuevos han llegado á nuestras manos. Titúlase el primero *Lo que pasa en Madrid*, y sus autores son dos jóvenes poco conocidos. El asunto es de suyo espinoso, pues tiene que luchar con lo mucho y bueno que han hecho sobre él Mesonero Romanos y Antonio Hurtado.

El otro libro lo componen las poesías inéditas del poeta laureado, D. Juan José Quintana. Este libro es importante por más de un concepto para la literatura patria: pues entre sus bellísimas poesías, tiene un romance descriptivo de la causa que el Tribunal de la Inquisición siguió al laureado poeta, narrada por él mismo. Romance que se le juzga de los mejores que se han escrito en castellano.

Aquí damos por terminada nuestra grata tarea. Deseamos á todas las amables abonadas al CORREO mil felicidades para la salida y entrada de año, pues los pobres cajistas piden las cuartillas para terminado su trabajo celebrar la Pascua; hagamos todas lo mismo y hasta el 1872.

SOFÍA TARTILLAN.



APOLOGO ORIENTAL.

En una poética alborada de otoño, un califa partió para la caza, acompañado de todos los señores de su corte. Fatigado ya cerca del mediodía, penetró en un espeso bosque y se sentó sobre el musgo como otro mortal cualquiera.

Entonces sus miradas se fijaron en un anciano que, inclinado sobre la tierra, plantaba un nogal al borde de un hoyo.

—Mirad! exclamó el califa riendo; mirad á ese necio cómo se afana en adornar su tumba, porque no es posible que recoja los frutos del árbol que está plantando.

Los cortesanos se echaron á reír en son de burla, y el califa, levantándose, se dirigió al anciano, á quien preguntó qué edad tenía.

—Más de ochenta años, señor, respondió éste, pero gracias á Dios soy robusto y puedo trabajar todavía.

—Pero, ¿cuánto tiempo cuentas vivir, para plantar á tu edad árboles que tardan tanto en crecer y dar su fruto?

—Lo ignoro, señor, respondió el viejo: mi vida está en

las manos de Dios, y acudiré resignado á su llamamiento cuando le plazca acordarse de mí. Pero, ¿no es justo que obremos como han obrado nuestros padres? Ellos plantaron los árboles, de los cuales nosotros recogemos el fruto, y supuesto que nos hemos aprovechado de su trabajo, ¿por qué nos habíamos de mostrar menos generosos hacia nuestra posteridad?

El califa quedó suspeso al oír esta respuesta, y sacando una bolsa llena de oro, se la ofreció al anciano, diciéndole:

—Eres un padre bueno y prudente, y quiero que tu nogal te produzca beneficios desde este mismo instante.



EL CARRAQUERO.

Tienes razón: todos los hombres, desde el emperador hasta el más humilde artesano, trabajan para su posteridad más que para sí mismos. Su gloria verdadera consiste en esto, y su nombre revive en sus obras, mientras el perezoso y el egoísta, después de haber vivido en el desprecio, muere en el olvido.

—Gracias, señor! exclamó el anciano arrojándose á las plantas del califa.

Y después añadió, mirando á los cortesanos.

—Ya veis, señores, que quien obra el bien, halla á veces la recompensa en este mundo, mientras aguarda otras recompensas más inefables y seguras.

El califa se alejó sonriendo, y satisfecho de sí mismo. Su buena acción le había devuelto su energía.

—Señores, dijo á los cortesanos, nosotros estábamos malgastando el tiempo, entretenidos en los placeres de la caza; pero Dios, que es grande, nos ha conducido al lado de ese humilde viejo, para que nos diese una lección de filosofía, pues riega la tierra con el sudor de su frente, con tal de mejorar el porvenir de sus descendientes. Aprovechemos el consejo, y de aquí en adelante obremos de modo que el bien de los demás sea el único objeto al cual se dirijan nuestras acciones.

Pero entre tanto, aprovechemos los últimos reflejos de esta hermosa tarde: ¡nunca es más lícito el placer, que después de haber hecho un beneficio.

CORRESPONDENCIA.

J. V.—*Játiva*.—En Valencia no hay ningún depósito de las máquinas de coser, á 180 rs., de las cuales nos hemos ocupado tantas veces en números anteriores, pues estas

sólo se hallan en el depósito principal, calle de Espoz y Mina, 34, Madrid.

Además de estas útiles máquinas, se hallan en dicho establecimiento otras muy buenas para modistas y familias numerosas, que cosen á doble pespunte; estas son las únicas verdaderas *Silenciosas*, y su precio varía según sea el mueble, desde 900 rs. en adelante.

Debemos advertir que las que se venden con el mismo título, en otros establecimientos de Madrid, no son legítimas, y que por lo tanto es preciso exigir que lleven el rótulo la *Silenciosa*, y el nombre del fabricante Pollach Schmidt y Compañía, grabados en la plancha de la máquina.

C. F.—*Valencia*.—Dicen que ciertos insectos toman sus colores de la hoja de la cual se alimentan, y así el entendimiento del hombre toma sus reflejos de los estudios que elige: cuida mucho de que los libros que ponga en las manos de sus queridos niños, sólo contengan máximas honradas y enseñanzas provechosas.

L. A.—*Bárgos*.—Para conjurar los sabañones basta poner á hervir durante un cuarto de hora algunas hojas de laurel-sauce. Se cuelan luego con un lienzo fino, y con el agua que dejan se lavan las manos por la mañana y por la tarde. Si los sabañones estuviesen ya formados, se hace una pasta compuesta de $\frac{1}{2}$ litro de aguardiente alcanforado y 1 hectógramo de jabón blanco y se frota con ella la parte enferma, primero con suavidad y después más fuerte, hasta que desaparezca la humedad. Esta operación se repite tres veces y luego cada veinticuatro horas.

S. Q.—*Santa Cruz de Tenerife*.—El abrigo más elegante para luto, es un pardessus-túnica de cachemir negro.

P. Y.—*Sevilla*.—Ha dicho Bernardino de Saint-Pierre, que la conciencia no debe sus cuentas más que á Dios, y que por lo tanto se penetra en ella por medio de la persuasión y no por medio de la fuerza. Es una flor que se abre á los rayos del sol, y se cierra á los vientos tempestuosos.

La Solitaria.—Supuesto que desea V. que proponga otro enigma, héle aquí: una señorita entra en calidad de aya, en casa de una dama inglesa muy escéntrica, la cual se ofrece apagarla sus honorarios en la forma siguiente: el aya sacará á la suerte todas las noches, en presencia de la dama, una de las diez cifras de la numeración, 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, y recibirá, para su retribución del día, tantos francos como unidades contenga la cifra que ha sacado. Si no acepta este arreglo, recibirá invariablemente 120 francos al mes. ¿Cuál de estas dos proposiciones debe preferir la señorita?

Soluciones á la *Charada* inserta en el anterior número literario por Doña María Garilli, Doña Epifanía Martínez, Doña Teodora Alonso y D. Pascual Gamboa.

MARAVILLA.

GEROGLÍFICO.



La solución en el próximo número literario.

Acompaña á este número el figurín iluminado correspondiente á ambas ediciones.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.